

ORACION FÚNEBRE

1888



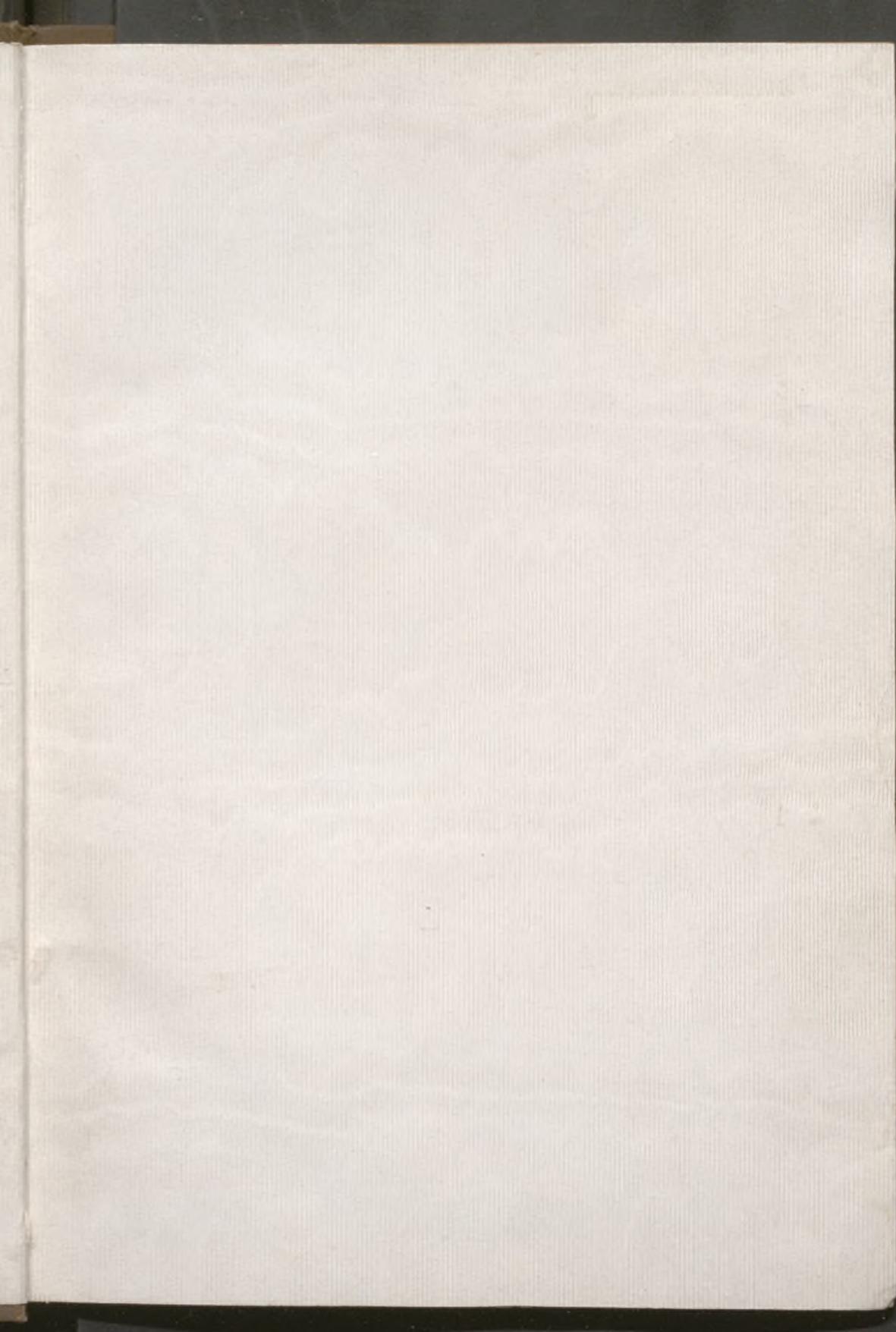
JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

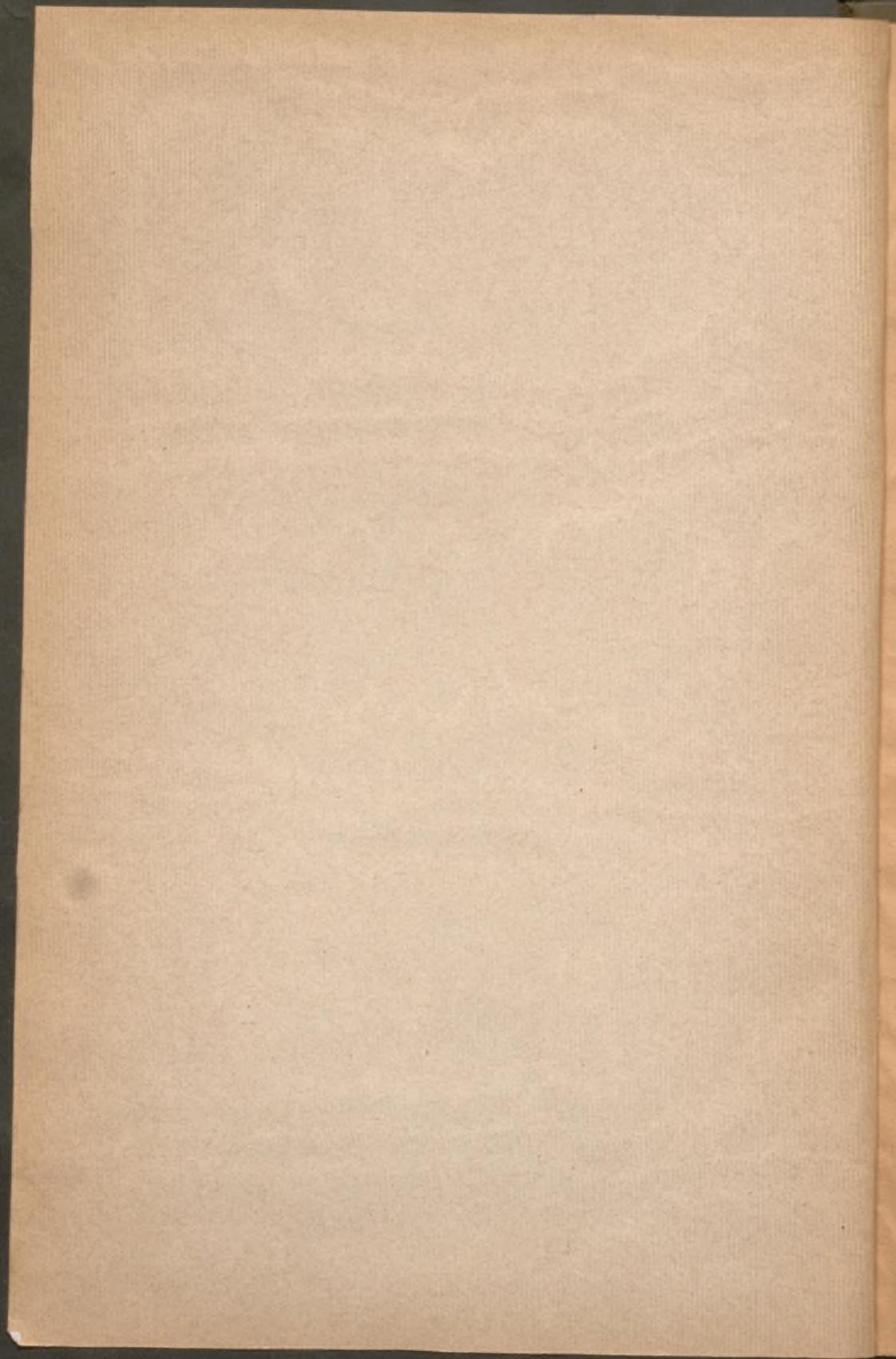
Libros depositados en la  
**Biblioteca Nacional**

Procedencia

F Madrazo

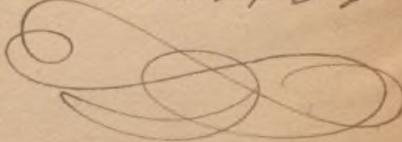
N.º de la procedencia





Had. / 390

A mi queridoísimo  
amigo D. Luis de  
Madrazo y a su  
hija, en testimonio  
de gratitud e in-  
variable afecto,

El autor  


# ORACIÓN FÚNEBRE

QUE EN EL

TERCER ANIVERSARIO DE LA MUERTE

DE

## S. M. EL REY D. ALFONSO XII DE BORBÓN

(Q. S. G. H.)

PREDICÓ EN LA REAL CAPILLA DE PALACIO

EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1888

EL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. FRANCISCO SANCHEZ JUAREZ

AUDITOR DEL SUPREMO TRIBUNAL DE LA ROTA  
DE LA NUNCIATURA APOSTÓLICA

---

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica

---

MADRID .

M. GINESTA HERMANOS, IMPRESORES DE LA REAL CASA  
calle de Campomanes, núm. 8

1888

63195

*Aufer impietatem de vultu regis, et firmabitur justitia thronus ejus.*

Aparta la impiedad de la presencia del Rey, y se afirmará su trono sobre la justicia.

PROV. XXV, 5.

SEÑOR EXCELENTÍSIMO :

Pidióme un día mi patria los acordes del arpa sacerdotal para acompañar con ellos los cantos de su dolor. Aunque eclipsado el astro de sus pasadas glorias y mermado su poderío de otros siglos, no lamentaba España las tristezas del vencimiento, ni menos todavía la degeneración de sus hijos, desdichas que marcan el grado máximo entre las desventuras de un pueblo; pero lloraba, en cambio, la temprana muerte de su Rey, gentil y dulce mancebo en cuyo corazón moraban juntos la religiosidad y el valor de los antiguos paladines, y en cuya serena y lúcida mirada se descubría desde luego al político sin doblez, al legislador justo y prudente, al amigo leal y generoso. La Religión me decía que ese Rey era el Príncipe bien amado, el hijo predilecto de los Pontífices de Roma; la patria me gritaba que ese Príncipe era su pacificador y su padre; en Europa eran noto-

rias la madurez de su juicio y la distinción de sus prendas, y yo tejí su fúnebre alabanza con la voz entrecortada por los suspiros, y con los ojos arrasados en llanto. ¡Ah! ¿Por qué no encontró mi acento en aquel día los mágicos secretos de la elocuencia de Masillón y de Bossuet, ya que el primero de estos hombres insignes no podía amar más á Luis el Grande que yo amaba á mi Rey, ni el segundo pudo llorar tampoco los regios infortunios que inmortalizó su palabra con más acerba pena que yo lloré la muerte de Alfonso XII de Borbón, y la viudez de su Esposa, y la orfandad de sus hijos?

Al venir hoy á este sitio para ponderar de nuevo aquella desgracia inmensa, no ha agitado en modo alguno mi espíritu el soplo corruptor de las vanidades terrenas: vengo únicamente movido por sentimientos nobilísimos que al punto sabe apreciar todo corazón honrado. Me llamó la vez primera una voluntad legítima y poderosa; la voluntad de una nación entera que lloraba: hoy me llama una voluntad distinta, pero no menos justa; el amable mandato de una Reina viuda que gobierna. Obligábanme antes, de una parte, mi misión de sacerdote, siempre pronto á ensalzar toda gloria católica; de otra, mi cualidad de español, orgulloso de mi nacionalidad, y entusiasta de las tradiciones monárquicas de mi patria: obliganme ahora deberes ineludibles de gratitud, que son ley universal y sagrada. Porque, Sr. Excmo., yo sabía ya que había ángeles en este alcázar; pero después he sido inmerecidamente llamado á los conciertos de su

inocencia, y hoy los veo, les hablo, contemplo las hermosuras de su espíritu, como podría contar los latidos de su corazón y las sonrisas de su boca. ¡Oh! Aun cuando yo fuese un día tan afortunado que pudiera hacer costosos sacrificios para afianzar la dicha de esos seres, jamás creería haber pagado cumplidamente á mi Reina la deuda de mi agradecimiento por el honor de que revistió mi oscuro nombre, y por los júbilos purísimos que su bondad ha hecho sentir á mi alma.

Aliviado hoy un tanto nuestro riguroso luto; menos humedecidos los ojos por las lágrimas, y, por lo mismo, con la mente más serena y el juicio más seguro, volverémos á examinar aquel corto reinado, que, por la grandeza moral que en él preside, ocupa puesto tan preferente en la historia contemporánea; admirarémos una vez más aquella preciosa vida, que, con ser tan dolorosamente breve, ofrece asunto inagotable al talento y á la fantasía del escritor y del panegirista, porque dejó en pos de sí todos los monumentos que bastan á perpetuar la memoria de un soberano, y á enriquecer los anales de un pueblo: la fe, la victoria, la paz, la liberalidad, la abnegación, la ciencia, los templos y las leyes. Pero bendigamos antes al Dios Omnipotente y Eterno que se dignó escuchar, en los más supremos instantes de nuestra angustia los votos ardentísimos que elevamos hasta su Trono. Nuestros políticos más ilustres, amantes de la monarquía, á quienes yo invitaba para que estrechasen su mano de caballeros junto á la tumba de

Alfonso XII, y defendiesen la herencia de su inocente hijo, dieron levantado ejemplo de su desinterés y de su patriotismo. Los moradores de la noble España, bien ciertos de que ningún Rey de la tierra, ninguna potestad humana pudo hacer ni más ni tanto por sus súbditos como el malogrado Alfonso, y de que el corazón de su atribulada compañera late con el mismo amor, y es capaz de iguales heroismos, han formado tan inexpugnable muro en derredor del hijo y de la madre, del huérfano y de la dama, que no abrirán brecha en él ni las asechanzas de la traición, ni las conjuraciones del odio.

Ahora bien, Excmo. Sr.: este espectáculo tan bello y tan magnífico, esto es, la gloria imperecedera del reinado que pasa y las halagüeñas esperanzas del reinado que brilla, son producto feliz de venturosa concordia; del suspirado enlace de la Religión con el Derecho, del Imperio con el Sacerdocio; enlace que, ahuyentando necesariamente la impiedad de la presencia del Rey, asienta sobre fundamentos de justicia su trono. *Aufer impietatem de vultu regis, et firmabitur justitia thronus ejus.* Y como esta profunda sentencia de los Proverbios habrá de palpar en todo el fondo del presente Elogio, condensaré desde luego mi argumento en la proposición que sigue:

*El reinado de Alfonso XII, vivamente esclarecido por los resplandores de la piedad cristiana, ha afirmado con la justicia la corona en las sienes de Alfonso XIII.*

---

EXCMO. SEÑOR:

La más sólida base de toda potestad terrena son los cimientos de la justicia, pero únicamente la piedad puede hacer que esos cimientos sean duraderos é in-  
conmovibles. En los reyes y gobernantes de la tierra, como en el Rey de todos los reyes y Señor de los que dominan, la justicia no puede separarse de la piedad, la piedad no puede separarse de la justicia; porque si esas tan fundamentales virtudes se separasen entre sí, lejos de dar sus naturales frutos, se tornarían en infecundas y aun gravosas para los individuos y las sociedades, que oscilarían de continuo entre la impunidad y el rigor (1). La justicia es la posesión basada en un derecho que se derive de la Ley Eterna, y protegida por la fuerza legítima de los poderes humanos (2); la piedad es el reconocimiento de un mundo sobrenatural y divino; es la virtud que nos manda ennoblecer y amar por especial manera en la vida cuanto es reflejo y semejanza de la Providencia, las delicias castísimas del hogar, las grandezas y lauros de la patria, los dogmas y dulzuras de la Iglesia de Cristo (3). Por donde se ve que una y otra virtud son

---

(1) S. Pet. Crys. Serm. 145, de generat.

(2) Arist. lib. 1. Rhet.

(3) Hier. in Cant.

como dos anillos que giran enlazados en la misma esfera, uniendo siempre su acción para realizar estas hermosas aspiraciones: la obediencia para con el Altísimo, la dignificación de la familia, los triunfos de la verdad, la rectitud de las leyes y la prosperidad de los pueblos.

Pues bién, este es el cuadro embelesador que nos ofrece el reinado de Alfonso XII. Las nubes con que intenta siempre el impío oscurecer el cielo de las grandes almas, no proyectaron nunca sus sombras sobre el nieto de San Fernando; antes, por el contrario, las hermosuras de la piedad, don del Divino Espíritu, fiador y garantía del buen derecho, habían de constituir la más radiante aureola de su vida y el más precioso legado de su muerte. *Aufer*, etc.

Fué el 28 de Noviembre de 1857 día feliz para nuestra amada patria. Los que entonces morábamos en las cercanas costas del africano continente, creíamos ver saltar de gozo, como los montes de la Escritura (1), las colinas españolas; y diríase que las ondas del turbulento Estrecho, bañadas en aquel día de claro sol, y rizadas por mansas brisas, querían borrar de nuestra memoria las tristes páginas que escribieron allí, para mal nuestro, el Mahometismo y la heregía. Nacido Alfonso de los suspiros de la esperanza, todo cuanto rodea su sér aparece amable y sobrehumano como aquella virtud celeste. Un Pontífice santo le introduce en los atrios maravillosos de la vida del alma:

---

(1) Psal. CXIII, 4.

rodean su cuna dos madres; la madre por la naturaleza, y la hermana que ha merecido ese nombre, protegiendo al infante con su amor y comunicándole su ingenio. Un justo le enseña á orar y á pedir; á pensar con alto vuelo le enseña un modesto sabio, que era también poeta y artista; á templar y á fortalecer el espíritu, y á adorar los fines de la Providencia de Dios, le enseña el libro profundísimo de la tribulación y la desgracia.

La pasión política excitada, ciega y tenaz torcedora de la rectitud del juicio, viene á ser como la tempestad que se desencadena. El huracán, la inundación, el rayo, suelen escoger para víctimas la vida más necesaria, el corazón más inocente, la heredad más risueña; y así la obcecación revolucionaria buscó por blanco preferente en nuestra patria á los seres más sencillos é indefensos: privó de su sustento al sacerdote, expulsó de su asilo á las vírgenes, despojó de su corona á una dama, arrebató su herencia secular á un niño. Fué aquélla la alianza de la impiedad con la injusticia. Pero ¡ah! cuando pase el terror de esas catástrofes y se disipe el polvo de tantas profanaciones, el mundo todo asistirá á un espectáculo que consuela el espíritu y alecciona á los pueblos. Los templos se levantarán de nuevo y será honrado el Sacerdocio, porque sin culto no resplandece la verdad religiosa; las Esposas del Cordero volverán á la soledad de su retiro, porque sin la oración y sin la penitencia la Justicia de Dios prevalecería sobre su Misericordia en las transgresiones de la raza humana; y los mismos

políticos y los mismos gobernantes que desataron los vientos y atrajeron las iras de la tormenta, vendrán á restablecer afanosos el trono que derrocaron, y á formar falanges leales y decididas en torno de un Rey adolescente, porque aprendieron con espanto que allí donde se gritaba contra la religión y el trono imperaron sin tregua la discordia, la rapiña, el incendio, la destrucción y la muerte. ¡Oh Providencia de Dios! ¡Bendita seas mil veces! ¡Tu manifestación más visible, al par que tu más hermoso secreto, es saber sacar siempre el bien del mal, y presidir á todas las grandes restauraciones de la verdad y la justicia!

El dolor resignado y humilde es bello é interesante por sí solo; mas cuando está santificado por la Religión y ennoblecido por el saber, coloca al hombre en la cima de todas las excelencias: y he aquí por qué la madre amorosísima de Alfonso, la soberana eminentemente católica, quiso, ante todo, iluminar la razón y robustecer el ánimo del tierno Príncipe con arcanos y con fulgores del cielo, á fin de que recorriera después con firme paso, sin turbarse ni desvanecerse, los intrincados caminos de la ciencia humana.

¡Ah, Sr. Excmo.! Yo me atreveré á indicar desde esta Cátedra que se pidan al arte, que se pidan al genio las más acabadas producciones, los más fúlgidos destellos del ideal cristiano, para pintar ó para esculpir la escena de la primera Comunión de Alfonso XII, y ofrecerla por todas partes á la vista del mundo. Pío IX, el bondadosísimo Pío IX, elevando la Sagrada Hostia y Alfonso adorándola y recibéndola;

el Príncipe desterrado en presencia del Rey desposeído y próximo á la cautividad y al despojo; el venerable Pontífice, transfigurado con la sonrisa del martir que ve entreabierto el Empireo; el hijo espiritual de aquel anciano, tan piadoso y tan radiante, que no solo se adivina en él al corazón purificado y fortalecido, sino que dijérase también que al mismo tiempo era armado caballero; y luego, en derredor, asistiendo á la imponente ceremonia, admirando y compadeciendo á los dos privilegiados seres, representantes de toda la cristiandad, que hacian ver que las usurpaciones cometidas contra el Padre comun de los fieles eran un ultraje inferido á la Europa de los Cruzados, y que la proscripción de aquel niño era un atentado odioso contra la justicia y el derecho; este cuadro, repito, presentado por una mano inspirada, tendria seguramente más prestigio que una apología cumplida y más poder que un ejército.

Roma, la Roma de los Papas, ha consolidado la fe del Príncipe creyente; Viena, la imperial Viena, va á brillantar esta fe con otro linaje de hermosuras. En la Corte de los Rodulfos y los Maximilianos las inteligencias que comienzan á remontar sus alas no corren el peligro de que las oscurezca el error, ni las seduzca el sofisma. Las ondas del caudaloso rio van cantando constantemente las glorias del Catolicismo y la intrepidez de sus héroes desde aquellas horas venturosas en que Sobieski y Leopoldo, abatiendo junto á los muros de la gran ciudad el poderio de los Turcos, procuraron al Universo Católico la festividad

del Dulcísimo Nombre de María, como una centuria antes el hermano de Felipe II le procuró en el Mar Jónico la festividad del Rosario. Así Alfonso mantuvo para su bien las tradiciones piadosas y caballerescas de su patria, uniéndolas discretamente con la educación de su siglo; así acertó á vivir entre sus compañeros de trabajo y de estudio, no como el grande que menosprecia al pequeño, sino como el pequeño que aspira noblemente á ser grande; así al conocer á la casta doncella, que hoy le llora fiel é inconsolable viuda, merece de la augusta niña, como justador galante en un torneo, miradas de dulzura infinita, vaga y melancólica promesa de afecto no revelado que tiene el presentimiento de la futura dicha, mas no sin cruzar antes por entre los cipreses de las tumbas y por las regiones del llanto.

La aurora de la reparación, que despuntó entre los cánticos del convite Eucarístico, tuvo su claro sol en las más feraces llanuras de todas nuestras costas. La mar y el viento llevaban sin cesar al hijo de nuestros Reyes este sentido clamor del macedonio que vió en sueños San Pablo: *Ven á salvarnos* (1); y Alfonso vino á su patria, no en alas de la ambición, sino medido por todas las blandas auras que vivifican el espíritu, y halagado con el sincero aplauso de monarquías y repúblicas. Al embarcarse en la extranjera playa, había roto sin vacilar la lista de todos sus enemigos, para ir inscribiendo en otra los solos nom-

---

(1) Act. XVI, 9.

bres de los que sostuvieran su trono: al poner su pié sobre las riberas de Cataluña y Valencia, solo piensa en imitar la piedad de los antiguos Condes y la inmortal justicia del Cid.

El día de su llegada entre nosotros quiso ser tan espléndido como lo había sido el día de su natalicio: no había ni una ligera nube en el cielo. Las notas del entusiasmo y del amor vibraron en aquella ansiada hora con tanta rapidez como vibra el fluido del espacio para transmitir el sonido y para producir los colores. Aparecía Alfonso tan joven, tan gallardo, tan marcial, tan vivo, tan gozoso, como había podido soñar la imaginación de su pueblo: como describían á sus más graciosos donceles los legendarios poemas de la vieja Europa. Y fué tan espontánea y unánime esta explosión de júbilo, que el sabio se regocijó en su biblioteca, el noble en su palacio, el comerciante en su escritorio, el labrador en sus heredades, las vírgenes en su retiro, el religioso en sus claustros, el sacerdote en sus templos, el pueblo todo, en fin, en los anhelos de su mejoramiento por medio del trabajo y por el ejercicio de virtudes fecundas.

Los primeros pasos del reinado de Alfonso XII son pasos de piedad y de paz para con la Iglesia y con la patria. Él no había adquirido aún la experiencia de la vida, pero sabía ya que cada incrédulo, cada impío intenta facilitar al Estado un eslabón para forjar la cadena que esclavice á la Iglesia: tenía perfecta evidencia de que cada herida, cada ofensa hecha al Catolicismo es una brecha abierta en las sociedades y en

los poderes; y cuidó de desagaviar por muy cumplido modo á la Religión de sus mayores, y de seguir mirando al Supremo Jerarca como á Padre y Maestro. Ardía por el mismo tiempo en nuestro suelo la horrible tea de lucha fratricida, nacida del descreimiento de los unos, de la pasión de los otros, de las audacias de los perturbadores, del temor de los pusilánimes, de la fuerza misma de las cosas; y Alfonso puso al servicio de sus súbditos tanta fe, tanto derecho, tanto valor, tanta magnanimidad, que más que cortar con fuerte mano aquel funesto nudo, puede decirse que lo desató suavemente con el influjo de su atractiva juventud y de sus generosos olvidos.

Excmo. Sr.: en los peligros y privaciones de la guerra el corazón del niño convirtióse en corazón de heroe: veamos cómo en los senos del hogar el corazón del heroe se hace más amoroso y más tierno que el del más rendido caudillo de las Edades Medias.

Jamás Soberano alguno, de mocedad tan cautivadora y halagada, supo escoger mejor sus esposas. Belleza de mujer bíblica, suma de todas las perfecciones; ojos claros y serenos, expresión de todas las gracias; sonrisa de hermoso niño, esperanza de todas las recompensas; alma formada para la caridad, que es lo más bello del espíritu, tal fué la Reina Doña Mercedes de Orleans y de Borbón. ¡Ah! El dolor y la consolación se besan al recordarla, como se besan en los cantos Davidicos (1) la paz y la justicia. Se experi-

---

(1) Psalm. LXXXIV, 11.

menta naturalmente dolor, por la pérdida prematura de seres tan amados; se gozan consolaciones suavísimas, cuando al ver desaparecer la envoltura terrena se presiente la felicidad del alma predestinada para la posesión de la gloria en la morada de los justos.

Un Rey sin descendencia no puede casi nunca perpetuar el lloro de su viudez; y Alfonso, en la soledad de su dolor, pensó en el ángel de sus primeras visiones. Si la simpatía y la gratitud demandaban buscarle, no lo aconsejaban menos la religión y la política. Estando Francia sin Rey, y alejados del altar sus gobernantes; desagradecida Italia al Pontificado que le dió su grandeza, el Rey de la católica España y el Emperador de la religiosa Austria eran los jefes genuinos de los pueblos verdaderamente cristianos; y un vínculo nupcial contraído por el nieto de tantos Reyes piadosos con la nieta de tantos Emperadores insignes, no podía dar á los pueblos sino Príncipes sin tacha; inteligencias alumbradas por la verdad y corazones resueltos para coronar y para defender la justicia.

La Iglesia y su Sacerdocio no suelen complacerse en el elogio de los que viven (1). La belleza humana es necesariamente fugaz y frecuentemente engañadora; las virtudes de hoy pueden desfallecer mañana, que únicamente Dios es Santo por esencia. Pero alguna vez la alabanza es ley de la humanidad, expre-

---

(1) Eccli. XI, 2 y 30.

sión del sentimiento, grito de la conciencia pública, estímulo para la perseverancia. No soy yo, Sr. Excelentísimo, influido por el afecto y obligado por los beneficios; es la España, es el pueblo, es el pobre, los que publicarán á los cuatro vientos del cielo que la segunda esposa de Alfonso es *gracia sobre gracia* (1) en las elevaciones del pudor; que el azul de sus ojos denota la serenidad de su alma, como el azul del cielo denota la serenidad de la naturaleza; que es palmera de sombra salutífera y regalado fruto para aquéllos que la buscan en los desiertos de la vida. Diríase que la Reina viva se propuso iluminar sus pasos con los resplandores de la Reina muerta, á la que llamó *mujer santa* en un instante solemne (2): y ni el trascurso de cerca de dos lustros, ni el duelo, el llanto, la solicitud del hogar, los desvelos de una frente coronada fueron nunca bastantes á amenguar la admiración y el afecto de María Cristina Raniero á la criatura dulcísima que la precedió en su tálamo. Si, esos dos corazones se siguen amando y correspondiendo en aquel mundo invisible donde se comunican los Santos. ¿Quién podría asegurar que no fué la próspera mediación de aquel ángel quien desvió de la blanca sien de la descendiente de los Habsburgo el proyectil homicida con que un desgraciado intentó herirla, casi en la luna misma de sus bodas? Por eso, aunque el sacerdote católico, más instruido que el sacerdote

---

(1) Eccli. XXVI, 19.

(2) En el acto de las capitulaciones matrimoniales, y dirigiéndose al Excmo. Sr. Patriarca de las Indias.

druida, sabe bien que un árbol ó una flor no son cosas sagradas, yo miro las coronas que Cristina lleva á Mercedes como suspiros de reconocimiento que le envía, ruegos que le dirige, virtudes que le presenta, oraciones que le aplica, simbolismos ascéticos que dilatan y perfeccionan el espíritu, y que tienen raro poder y decisivo influjo en determinados momentos para desterrar la impiedad de la morada de los que reinan, y afirmar los tronos con la justicia. *Aufer impietatem*, etc.

Pues bien, Excmo. Señor: en esas líneas bienhechoras de la piedad de dos reinas, que alientan su piedad propia, se propuso el Rey Alfonso calcar el libro de su reinado. Él ambicionaba, sin duda, los encomios del mundo, y muy especialmente los de aquellos pueblos que le dieron hospitalidad tan generosa, y entró á gobernar la España con el afán de las grandes iniciativas. Consagróbase con pasión al estudio; tenía la actividad de los magistrados laboriosos, y nunca quiso ver elevarse demasiado el sol sin ilustrar su mente, y sin trabajar con sus Ministros. Sin que presumiera contarse Alfonso en el número de los sabios, porque ni la filosofía, ni las ciencias, ni el derecho fueron sus estudios favoritos, le vemos remontarse bien temprano á la comparación de las literaturas, declararse idólatra del genio de Calderón, y honrar en todo tiempo la verdadera sabiduría; y poseyendo como pocos los secretos que subliman la belleza de la vida intelectual, es decir, la elocuencia y la fe, jamás habló en presencia de los sabios, los poderosos, los políti-

cos, los artistas, los poetas, sin arrebatarlos y conmovellos; sin colocar la virtud sobre el saber, la rectitud sobre el dolo, lo ideal sobre lo real, la eternidad sobre el tiempo, el alma sobre los sentidos. Alfonso consuela y juzga con las hermosuras de la verdad, no solo al pobre que sufre y llora, según la frase de los Proverbios (1), sino á cuantos viven de sus sudores y de sus vigiliass; y aconsejando por todas partes á los corazones incautos, para que no se dejaran seducir por los halagos de la mentira, y estimulando á los ciudadanos útiles para que hicieran ruborizarse á los ociosos, siempre que ensalza y preconiza las glorias del trabajo, enlaza, según el espíritu de la Iglesia, la tristeza de su origen con la nobleza de su ejercicio, con el premio de su constancia, con los prodigios de sus resultados. Alfonso respetó con tan proverbial lealtad el régimen de su país, que acaso no hay ejemplo de ella en la historia; y nadie señalará en su reinado ni uno solo de esos hechos de violencia que son página fatal de casi todo período de gobierno, sea de monarquía ó de república. Alfonso erige por todas partes nuevos templos al Dios vivo, contrarrestando así con voluntad firmísima, con devoción ardiente, la acción de la impiedad que los demolía y la acción del tiempo que los desplomaba; y siempre que colocó la primera piedra de esas casas de la oración, ó de un asilo para el necesitado y el huérfano, decía frases tan inflamadas, que parecían tener don de piedad y

---

(1) Prov. XXIX, 14.

de lágrimas. ¡Oh, vosotros, muros de la Almudena, severa cripta donde ya se han celebrado nuestros más adorables misterios, pensamiento acariciado del día, ensueño de las noches del duodécimo Alfonso! ¡Haga el cielo que el Rey Alfonso XIII pueda oír bajo las góticas bóvedas que sostendréis, y lleno de años y ventura, la solemne oración de los Pontífices católicos, en la cual se impetra para los Príncipes justos y piadosos toda suerte de auxilios y de gracias!

El que así se deleitaba y rendía ante los sagrados tabernáculos no podía menos de ser alma encendida en la virtud de la caridad. ¡Ah, Excmo. Señor! Se han hecho ya mil rápidos elogios de los increíbles heroismos del corazón de Alfonso XII: mañana se escribirán poemas. Para encontrar ejemplos dignos de esos hechos que podríamos llamar locura de la caridad cristiana, sería preciso subir hasta Luis IX de Francia y Fernando III de Castilla. Ciertamente que hay reyes en los modernos siglos, hay soberanos que hoy reinan, que han llevado socorros y consuelos á sus súbditos; pero en esas obras de misericordia el oro es lo que menos importa y lo que menos vale, y aún el valor mismo del corazón, el desprecio de la vida pueden ser igualados por otros corazones serenos. Lo que en el Rey Alfonso XII es prodigioso sobre todo encarecimiento, es ir henchido de la más honda tristeza, víctima de dolencia traidora, con la muerte dentro de la vida, asentando su planta sobre valles y laderas que aún humeaban y se estremecían, ó respirando atmósferas viciadas y mortíferas, y caminar, no obstante, infati-

gable y tranquilo como ser sobrehumano. Él sabía bien, al atravesar las vertientes de las sierras granadinas, que en aquellas poblaciones que iban á reconstruirse, en aquellas iglesias que iban á edificarse, pronto se entonarían para él las preces y los Invitorios de los muertos; que aquellos días tan fríos, tan nublados y tan breves, eran el último invierno de sus tempranos años; y, sin embargo, resignado con su cercano fin, acatando los designios de Dios, comprendiendo mejor que nunca ante aquellas catástrofes que toda pompa terrena es vanidad, que lo único que hay grande y bello en la vida es adorar al Señor y amar á nuestros hermanos, hablaba y sonreía con tal dulzura, que todos los desgraciados se olvidaban de sus propios dolores para aclamarle y bendecirle. ¡Ah! La estatua que se eleva en la histórica Alhama para conmemorar la caridad de Alfonso no es un ídolo, porque los hijos de la Iglesia católica no adoran ídolo alguno, pero sí es recuerdo de celestial virtud, de sacrificio casi infinito para aquellos laboriosos habitantes, que transmitirán á las generaciones venideras su frenesí por tan buen Rey, y su fidelidad para los que hereden su trono.

Ahora bien: el que era tan grande y piadoso para con su pueblo, no podía dejar de manifestarse asimismo grande como Soberano, y en su concurso con las potestades. No, yo no sé de Príncipe alguno contemporáneo que leyera más claro que leyó Alfonso en los libros de la justicia, del derecho, de la libertad verdadera, del honor y de la dignidad humana. Más aún:

con ser la imaginación de Alfonso tan viva, con ser fuego su corazón, todo aparecerá en él razón y todo nieve, cuando se trate de menospreciar un peligro y de desdeñar un ultraje, ó cuando los destinos de España demanden dominar los impulsos irreflexivos con la lucidez de la prudencia, y con la energía de las resoluciones sensatas. Y si alguna vez puede importar mucho al mundo la ejemplaridad de un fallo que establezca cierta jurisprudencia en los conflictos de los príncipes, el padre siempre amante para los españoles sabrá mostrarse hijo respetuosísimo de la Iglesia. Alfonso había mirado siempre á los sucesores de los Apóstoles como los miraron los poderosos monarcas de la Edad Media, Cárlos Martel, Pipino, Carlomagno, San Luis, Jaime I, Fernando el Santo: esto es, como si ciñeran también corona y empuñaran un cetro; pero al fijar su mirada en los sucesores de San Pedro que le dieron entrada en la vida espiritual, y le condujeron por la mano en los laberintos de la desgracia, el respeto rayaba en veneración, el afecto se sublimaba hasta la piedad más tierna. La Historia dice bien alto que los despotismos universales solo han tenido un enemigo temible y un dique segurísimo: la palabra y la autoridad de los Papas; y por eso Alfonso XII, en su inesperada querrela con el Imperio colosal que se ha impuesto á la Europa por la fortuna de las batallas, acude confiado al Pontífice Rey, al anciano cuya razón domina en los mundos de lo invisible cimas intelectuales tan elevadas, que no alcanza á percibir las ningún espíritu á quien ofusca el error, al modo que la

vista corporal tampoco divisa la cumbre del alto monte, cuando debajo de ella se extiende la niebla que la oculta. Acaso las hondas emociones de aquellas horas supremas abreviaron los días de una existencia que nos era tan dulcemente querida; pero, en cambio, la gran figura de León XIII aparece como aparecieron siempre todos los genios superiores que ciñeron la tiara; como mediadora, y árbitra imparcial y justa, en los desacuerdos de las naciones: y el nobilísimo Alfonso pudo igualmente exclamar de esta manera: «En los paternales brazos del Vicario de Jesucristo abrí mis ojos á la vida; en esos mismos brazos he de exhalar el suspiro postrero, para gloria del Señor, y para edificación de los reyes» (\*).

---

(\*) La historia consignará algún día, con todos sus interesantes pormenores, el proceder incomparablemente acertado y heroico del Rey Alfonso XII en la cuestión de las Carolinas. Él había podido apreciar ya por sí mismo cuán poderosa y fuerte es la Alemania de nuestro tiempo; él sabía del mismo modo cuán exhausta estaba España de fuerzas y recursos para sostener una guerra con tan pujante Imperio; y como Alfonso amaba á su patria mucho más que á su corona y su vida, puso resuelto empeño en evitar la lucha, siempre que quedaran á salvo la dignidad y la honra de su pueblo. Profundas debían ser sus convicciones, cuando tuvo valor bastante para soportar sin queja las únicas horas de impopularidad de todo su reinado: irrevocable debía ser su propósito, cuando, según versiones que parecen autorizadas, significó con varonil entereza á su gobierno que antes abdicaría mil veces que atraer sobre su patria la desolación y la ruina; es decir, que él solo contra todos supo encauzar las corrientes del impetuoso río que se desbordaba. Alfonso había cautivado por la lucidez de su talento y por la transparencia de su alma, á Guillermo I; y por amor á un Rey tan joven y esclarecido, el anciano monarca obligó, acaso, á su Canciller á olvidar que el escudo del nuevo Imperio había sido insultado y roto

¡Qué Otoño aquél tan triste! Fué el 25 de Noviembre de 1885; Alfonso iba á cumplir..... ¡veintiocho años!! En aquella mañana de mortal incertidumbre, una nueva Catedral se abría en Madrid al culto; y yo, yo mismo elevaba en ella la Hostia de propiciación, en solemne rogativa por la salud del Monarca. Pero ¡ay de mí! que aquel fervoroso sacrificio, ofrecido á la vez por el ministerio del Sacerdote y por el alma agradecida, no podía ya dar la vida al Soberano: el Soberano había muerto, y Madrid aún lo ignoraba. Cuando llegó y cundía la infausta nueva, los ayes que se exhalaban, las lágrimas derramadas, fueron quizá en mayor número que las hojas que caían de los árboles. ¡Ah! Nosotros nos dolerémos siempre de aquella muerte ignorada, en la que el mundo no descubre al cristiano postrado ante el Sacerdote que le absuelve y ante su Dios que le visita; y, sin embargo, yo encuentro que ese fin es hermoso, y que presenta caracteres de lo sobrenatural. Aquella mirada entristecida, aquellas lágrimas del corazón, aquella lucha del sér que se va despidiendo de los que ama, sin querer afligirlos, aquel desdén hacia las glorias de la tierra, son la redención de toda fragilidad y toda culpa. En el católico Monarca no ha podido faltar la contrición del alma, el deseo

---

por una muchedumbre excitada. Dos cartas escribió Alfonso con motivo del ruidoso incidente: una al Emperador Guillermo, otra al Soberano Pontífice León XIII. La primera es lo más bello y delicado de la inteligencia y del honor; la segunda es lo más tierno y sublime del sentimiento filial y del alma agradecida, y con razón la mostraba León XIII á los Cardenales y Diplomáticos como un verdadero tesoro.

vehementísimo de recibir la absolución que perdona y el Sacramento que transfigura: lo que ha faltado de súbito es el aliento de la vida humana para realizar sus votos. No, no fué dable adorar en la estancia del Rey Alfonso al Verbo Divino que se esconde tras el velo de los misterios; pero sí podremos creer piadosamente que descendieron sobre ella los ángeles del convite Eucarístico para acompañar á un justo que dormía en el Señor; y después, en el supremo juicio del Criador con su criatura, nos imaginamos oír estas palabras del Salvador Eterno y Clementísimo: «Ven á mi reino y mi gloria, alma bendita de mi Padre; porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, estuve desnudo y me vestiste, enfermo y me visitaste» (1): tú fuiste apóstol, ministro, héroe y víctima de la caridad en medio de tu pueblo, y *la caridad cubre la muchedumbre de los pecados* (2).

Excmo. Señor: en el reinado y en la hora postrimera de Alfonso no se ha deshecho nunca la alianza de la justicia con la piedad. La sonrisa que se dibuja en los labios del Rey muerto, es la herencia de esa piedad y esa justicia, dejada en paz á la viuda y al huérfano; la explosión de dolor y de llanto de sus súbditos es la esperanza cierta de que aquella herencia está garantizada por la hidalguía, y de que jamás los hijos de la España de Recaredo y de Pelayo ha-

---

(1) Matth. XXV, 35, 36.

(2) I Pet. IV, 8.

brán de consentir que las maquinaciones de la impiedad comprometan los sagrados derechos de Alfonso XIII al trono de sus abuelos, *Aufer impietatem*, etc.

Murió ¡oh dolor! el Rey Alfonso XII; pero allí, á la cabecera de su lecho, cerrando piadosamente sus ojos, cubriéndole con la última vestidura, esparciendo flores sobre su cadaver, se reveló el espíritu superior de la fiel compañera de su vida. España había sabido en su día que la Princesa ilustre pasó su infancia y su adolescencia en sitios donde la castidad florece como los lirios, y donde se instruye y forma la mujer con la educación de las antiguas reinas. España vió después á la recatada doncella desposarse con el gentil Monarca, penetrar con paso tímido en el suntuoso palacio, permanecer en él escondida en su modestia, embalsamando con su virtud la reducida atmósfera del hogar, no saliendo apenas de su morada sino para visitar el hospital y el templo, y sin que su nombre se asociara nunca ni á las crisis gubernamentales, ni á los encumbramientos repentinos, ni á la distribución de gracias y de honores. Y solo cuando ha sonado la hora de la desolación y de las lágrimas, advierte el pueblo español que tiene por soberana á una mujer privilegiada y fuerte como las heroínas de la Biblia. ¡Ah! Es que las noches de la viudez, en la razón que cree y en el corazón que ama, tienen enseñanzas profundas y carismas celestiales; es que al orar y llorar sobre la sepultura del amado, Dios estaba cerca de aquella alma recogiendo su oración y su lloro; y como todo estuvo allí lleno de Dios, todo fué extraordinario y sublime.

No, no es posible olvidarlo. Cuando faltó el gran Rey, temíase que aquella muerte iba á cortar en flor las esperanzas de un pueblo; pero no trascurrió aún el corto plazo del más riguroso luto, y ya pudo comprenderse que á la sombra de su dolor, viviendo de los recuerdos de Alfonso, curando su ancha herida con el amor de su religión, con el amor de sus hijos, con el amor de su nueva patria, Cristina había afianzado con mucha más solidez el trono que custodiaba. Con relación á las esferas del alma, ella se formó al instante sus modelos: Adelaida, Matilde, Isabel de Portugal; y nieta de Reyes, esposa de un Rey, madre de un Rey, su fe, sus mortificaciones, sus piedades son siempre dignas del Amor y de la Santidad del Rey Eterno. Con relación á la patria, permanecerá siempre madre para su pueblo, sin otras alegrías que la voz de la conciencia pura y las satisfacciones del deber cumplido, sin otro orgullo que el de ser amada, y tendiendo constantemente á la caridad y la clemencia, como los ríos que llevan sus aguas en dirección al sol, hasta confundirse en el mar. Con relación á Europa, las naciones y los Príncipes que han visto en esa Reina la inteligencia que lee y que profundiza en las inteligencias ajenas, la dulzura que atrae, el infortunio que conmueve, la virtud que cautiva, han creado en derredor de ella tales atmósferas de admiración y respeto, le han tributado homenajes tan cumplidos en nuestros litorales, como no se tributaron á Soberano alguno en los modernos tiempos. ¡Ah! Si los éxitos magníficos obtenidos por la prudencia, por

la discreción, por la piedad, por las ofrendas del amor cristiano, pudieran hacer inmortal á una criatura humana, la noble esposa de Alfonso XII, la tierna madre de Alfonso XIII no moriría jamás.

¡Alfonso XIII y su Madre! ¡Qué nombres y qué seres! La Religión de Jesucristo, en las demostraciones de sus santos amores, colocó desde su origen á la viuda cerca del huérfano; pero la viuda, con el hijo huérfano en los brazos, es un grupo especialmente querido de la Iglesia Católica, que lo confía, como un objeto inviolable, á los corazones honrados y generosos. España, la hidalga España está encargada de custodiar el sagrado depósito, y lo guardará tan fielmente como se lo imponen su deber y su honra. No, no hay en mi patria corazones tan despiadados que pongan asechanza á la madre que aun mece la cuna de su hijo, á la dama amparada por los timbres de nuestra historia y por las tradiciones de lealtad de nuestros venerandos ascendientes. ¿Ni quién tampoco podría ser tan cruel que intentara despojar al inocente niño que ríe como los Querubines, que va tendiendo con indecible gracia su brazo, como para prodigar caricias y repartir mercedes? ¡Oh! Si algún día una mano audaz atentara locamente contra la corona del hijo de Alfonso XII, la sombra vengadora del ilustre padre, ¿que digo? los espectros de cien Reyes se levantarían de sus sarcófagos para execrar y maldecir al profanador impío que osaba violar tantos derechos reunidos: derechos de sucesión, derechos de la sangre, derechos de la hospitalidad, derechos de la ino-

cencia. En cambio, el bueno y agradecido Rey Alfonso protegerá y bendecirá desde la altura, no solo á los que circunden y defiendan el s6lio de su legitimo heredero, sino tambi6n á aquellos que, al ver brillar la raz6n y desenvolverse las facultades del infante, le nutran de la verdadera ciencia, dici6ndole que el talento y el saber son como el 6ter, que, seg6n ondula 6 se agita, produce el calor y la luz, 6 despidе el hurac6n y el rayo; y alejen con igual celo de su mente y de su mirada todo error que seduzca, todo ejemplo que corrompa, á fin de que la piedad haga en su coraz6n alianza perdurable con la justicia, para afirmar á un tiempo su dicha y la dicha y engrandecimiento de su pueblo. ¡Oh, 6ngel custodio de mi patria, figura de sobrehumana elocuencia en todas las altas ocasiones de nuestra historia nacional! A tu vigilancia y patrocinio entrega confiada la monárquica Espa6a los hijos de su llorado Rey, segura de que les sostendr6s con tu poder y les escudar6s con tus alas.

He concluido, Excmo. Se6or. Al tejer este elogio y al enumerar tantas glorias, ya os lo dije, no ha sido, no, mi 6nimo cubrir con el manto de la lisonja la memoria de los que murieron, ni el poderio de los que viven; sino dar á entender que no hay otros privilegios ni grandezas en presencia de la muerte que los merecidos por la virtud; sembrar consuelos y esperanzas en los corazones espa6oles que tenian delirio por su Rey, y que, al perderle, perdieron en 6l al Soberano y al padre; y alentar en las sendas de su

difícil pero providencial misión á los que administran en justicia su reino (1). Las acciones de Alfonso XII fueron acciones de atleta, á la vez que de Monarca profundamente cristiano; su mediación, pues, desde las regiones de lo infinito ha de ser la intercesión eficaz de los justos. En aquella existencia privilegiada todo lo encontramos reunido, como en los héroes de las grandes epopeyas: la alcurnia, el destierro, el saber, el llamamiento, el peligro, la victoria, el amor, la abnegación, el sufrimiento y el tránsito. Sus alegrías más visibles se mostraron en los campamentos; sus encantos más puros en el cariño de la esposa y en el ósculo de sus hijos; sus complacencias más íntimas en el bienestar de su pueblo; sus elevaciones más altas en la contemplación de los misterios de la caridad de Cristo y en el perdón de toda ofensa. Alfonso pudo estar alguna vez cautivo de las pasiones; pero siempre que se trataba de la integridad de su fe, de la limpieza de su escudo, de la dicha de su hogar, de la gloria de su patria, no había para él hechizos ni cadenas. Y sobre todo, Sr. Excmo., siempre que el genio del mal y del error amenazó invadir ó turbar de algún modo su reinado, él llamó en auxilio de su voluntad y de sus luces el concurso de la piedad cristiana, que asentó el trono sobre fundamentos de justicia, y había de afirmar luego más y más la corona en las sienes de Alfonso XIII. *Aufer impietatem de vultu regis, et firmabitur justitia thronus ejus.*

---

(1) Prov. XX, 8.

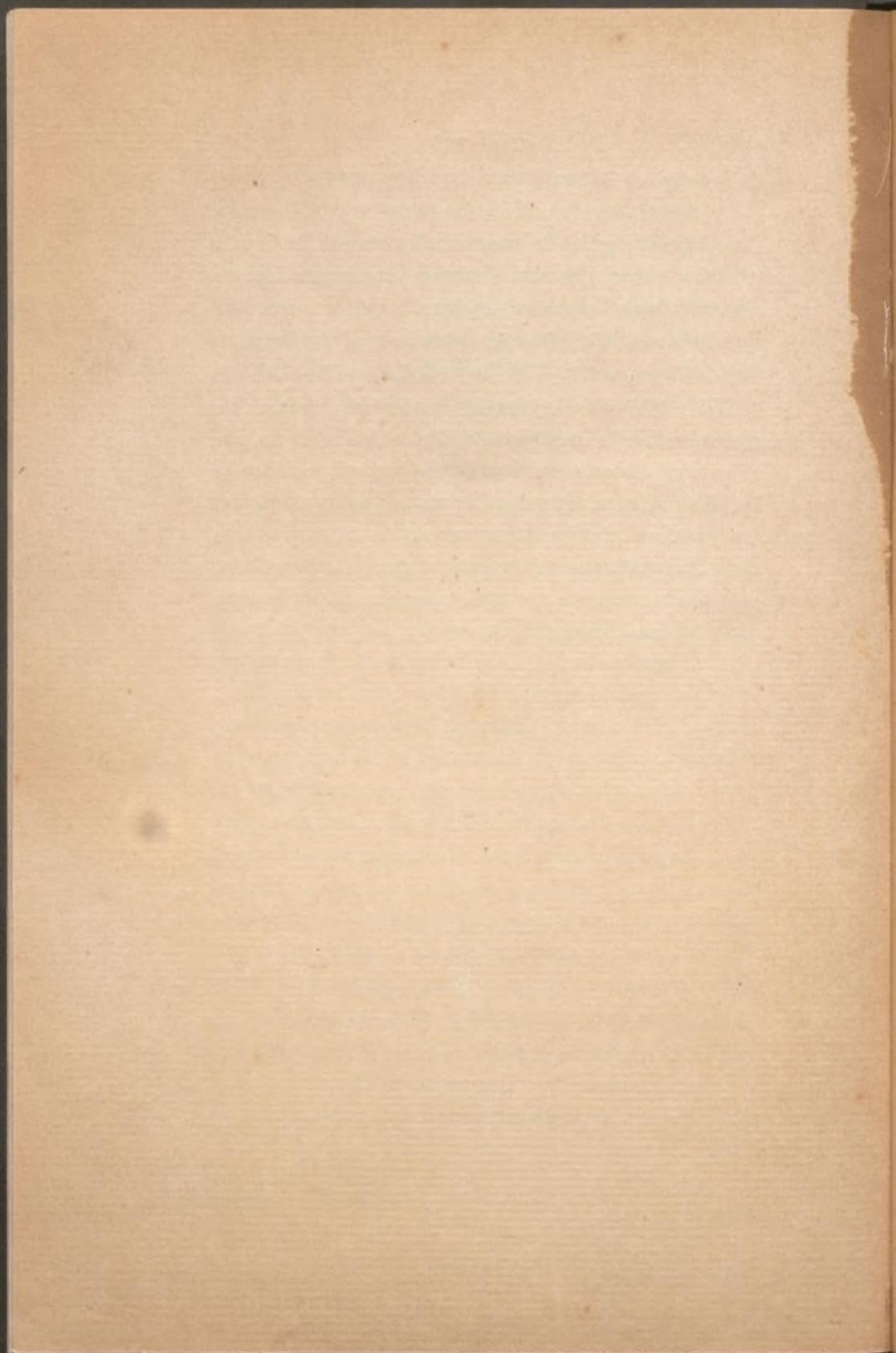
¡Oh tú, Rey Alfonso XII, cuya vida fué tan gloriosa, y cuya memoria es tan amada! Tú velarás solícito desde las mansiones del Padre celestial, donde nuestra fe cree divisarte, sobre los ángeles que has dejado en tu alcázar terrestre, y sobre el pueblo que vertió tantas lágrimas en torno de tu sepulcro!

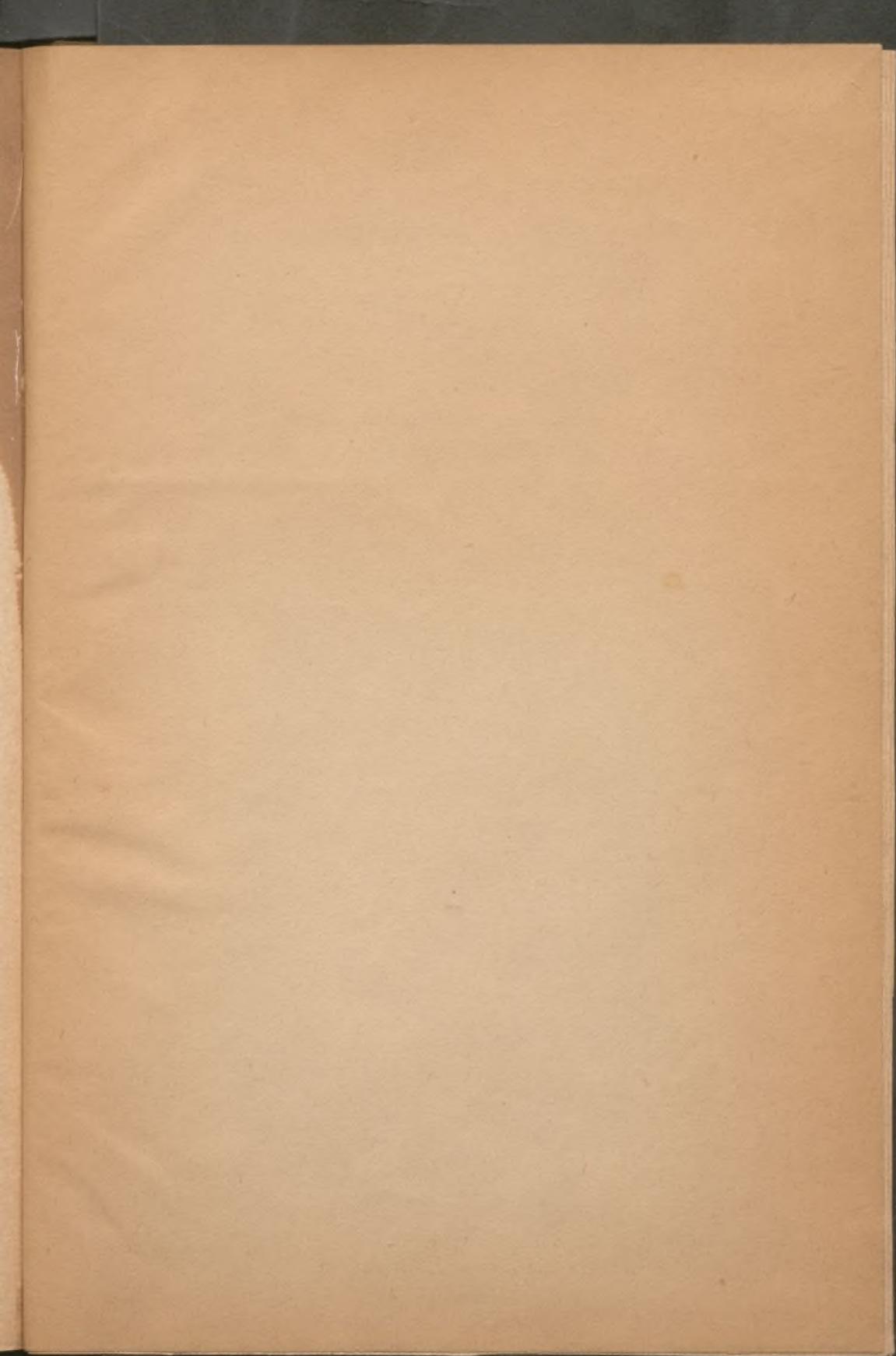
¡Oh tú, Reina bondadosísima, ángel tutelar del coronado niño, amparo y guía de todos tus pequeños! ¡Ojalá que en los insomnios de tu dolor y en tus oraciones al Altísimo se te pongan de manifiesto todas las luces de la sabiduría y todos los resortes de la fortaleza cristiana, para que termines, con la aureola de los pacíficos, tu santa misión de madre, y puedas ver á los hijos de tus hijos cumplir y disfrutar, entre las bendiciones de su pueblo, todos los grandes deberes y los hermosos derechos que heredaron!

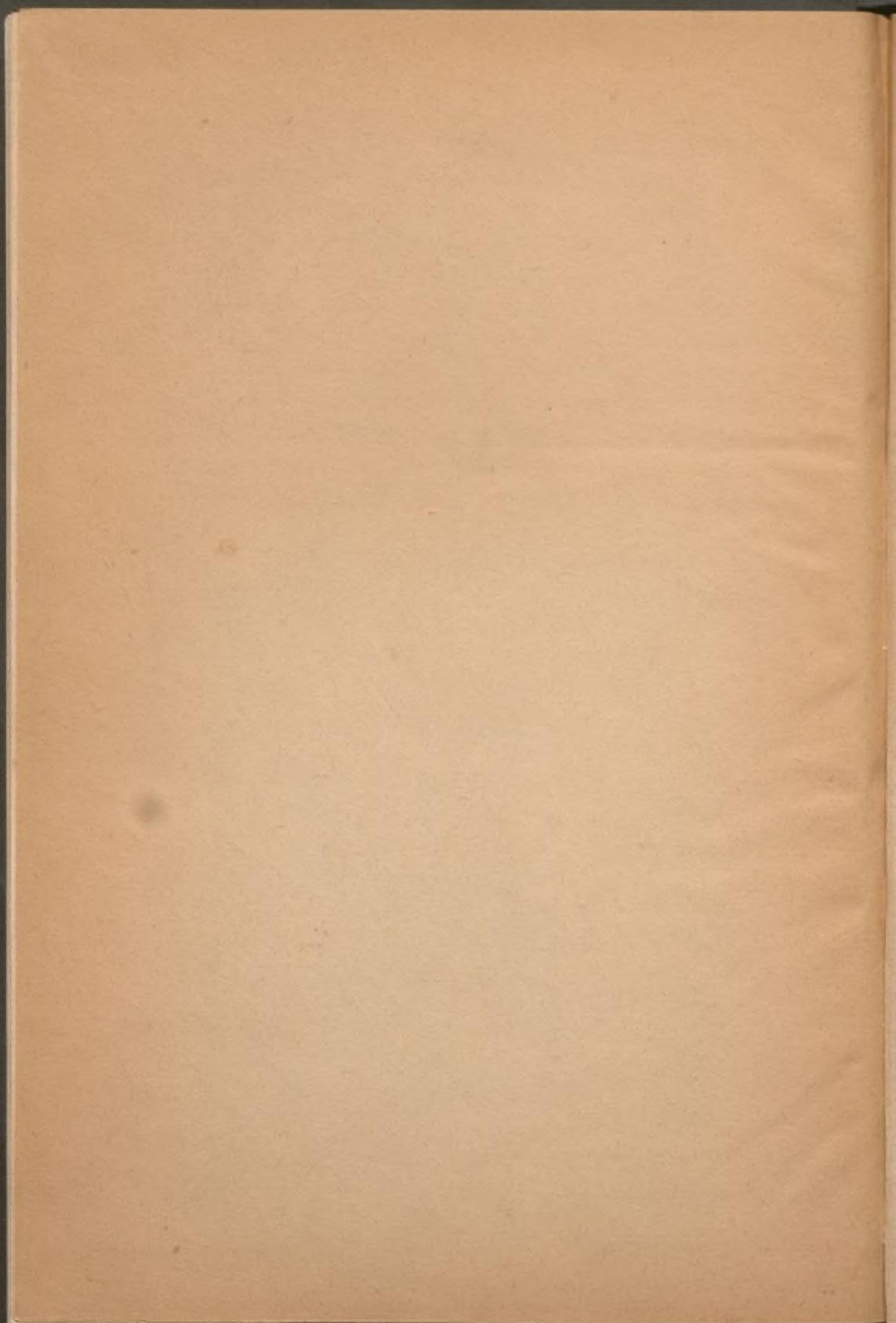
¡Oh tú, cándido y gracioso Rey, que ignoras todavía lo que es la alteza del alma, el peso de la corona, la prueba del infortunio, la amargura del desengaño! ¡Haga el cielo que cuando llegues á los días de la adolescencia y rijas por tí mismo esta nación española, si tienes aduladores los desoigas, si tienes enemigos los venzas, si tienes ingratos y desleales los perdones; atesorando ávidamente en tu pecho la piedad y la justicia que consolidan los tronos, y buscando siempre amoroso el beso de tu madre y la luz de sus consejos, como lo hacían los hijos de los antiguos Patriarcas, como lo hicieron con Blanca de Castilla y Berenguela San Luis y San Fernando!

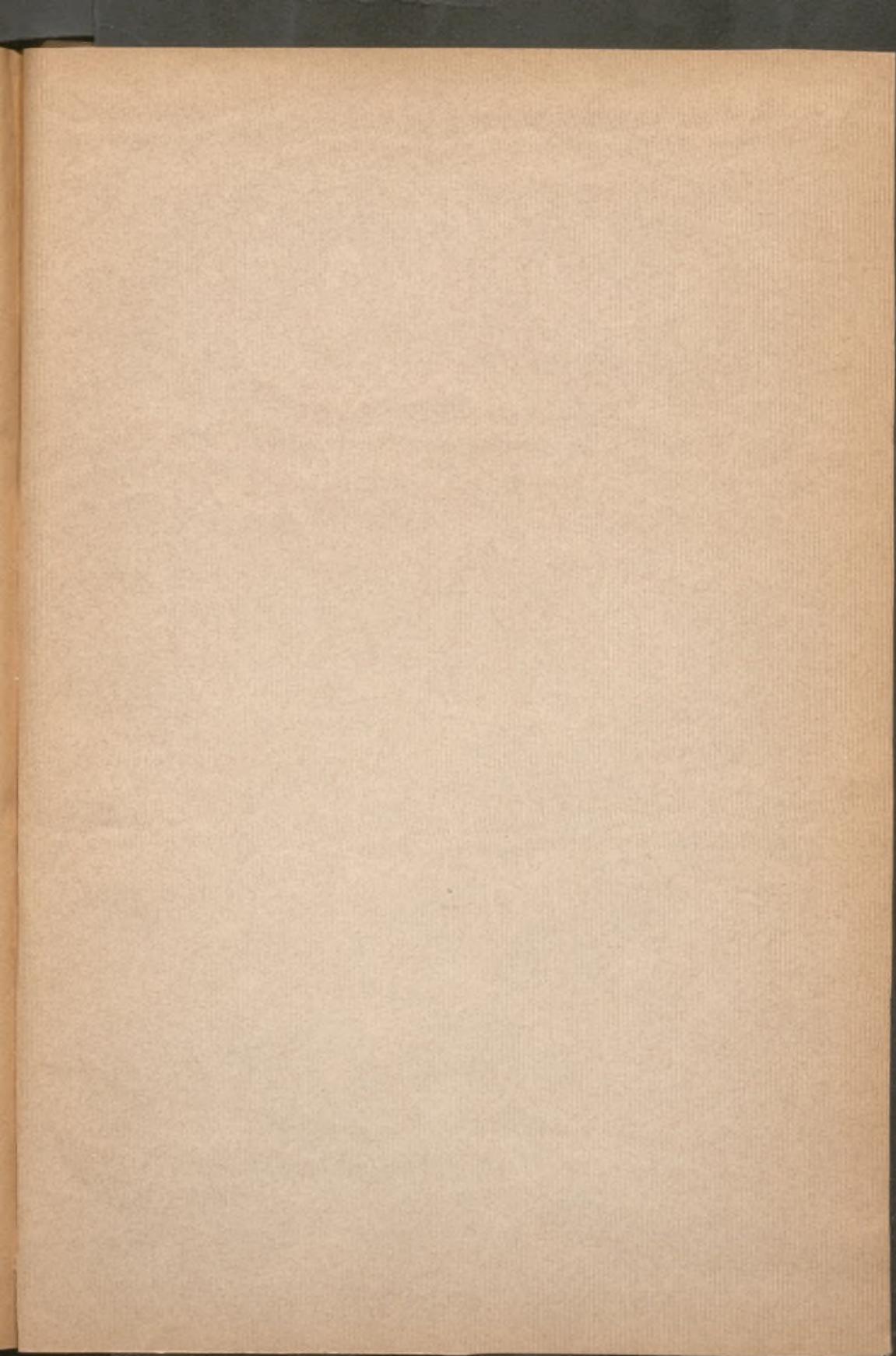
¡Y Tú, Dios mio, Eterno Soberano de los Reyes y

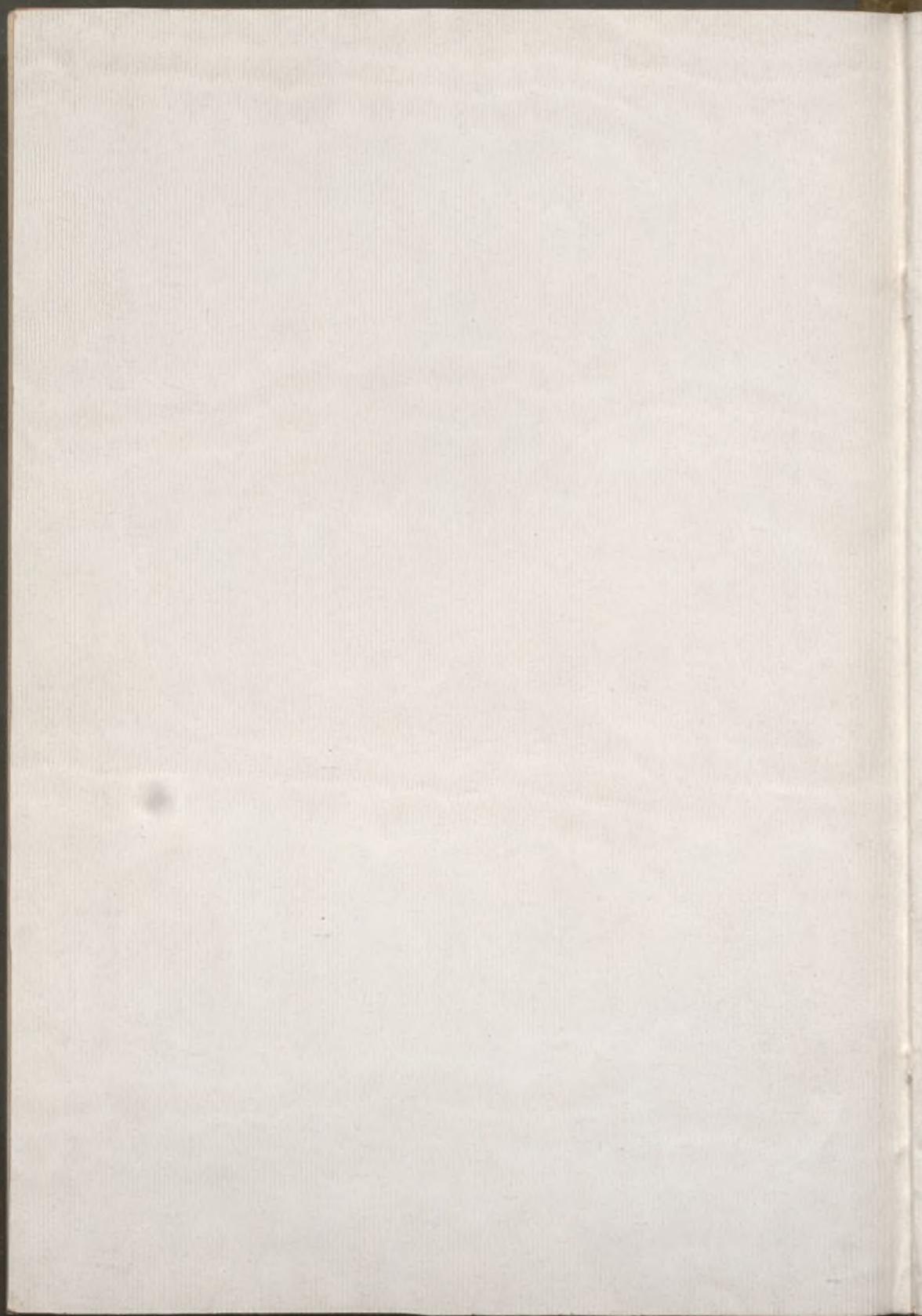
de los siglos! Dignate escuchar hoy nuestros suspiros y nuestros votos, á fin de que este pueblo católico, bajo la égida de un reinado que una la fe y la gloria de dos ilustres dinastías representadas en nuestro tierno monarca, recobre aquella grandeza que le permitió plantar el estandarte de la Cruz en tantos Continentes. Y si hoy, Señor, el Rey Alfonso XII, cuya muerte y cuya memoria nos han congregado en este lugar santo, esperase todavía su purificación perfecta en los senos misteriosos de la Iglesia paciente, que las lágrimas de nuestros ojos, las oraciones de los Ministros de tu Altar, y, sobre todo, los infinitos méritos del Incruento Sacrificio, muevan tu Amor y tu Misericordia para abrir á su alma las mansiones de la Jerusalem celestial. Así sea.











MUSEO NACIONAL  
DEL **PRADO**

**Oración fúnebre  
que en el tercer  
Mad/390**



1072791

